

ALTO Y CLARO O CONTRA EL SILENCIO CRÍTICO LITERARIO

Antonio Chicharro Chamorro

De un tiempo a esta parte, viene hablándose de un tipo de silencio crítico literario que no es mero signo de ocultamiento, sino que supone una devaluación del acto crítico ejercido, con sus excepciones, en la prensa; una devaluación de su función social originaria, de la que en el siglo XVIII se tenía clara conciencia:

A la crítica —dice el abate don Juan Andrés— pueden pertenecer las gazetas y diarios, que anunciando al público las obras literarias que van saliendo á luz, se erigen en jueces, y quieren proferir sentencias decisivas sobre su mérito...

Si esta es, pues, la más sobresaliente función de la crítica periodística desde entonces, parece que la misma se ha limitado estrechamente hoy, lo que está llevándonos a una situación de apagón crítico que alcanza a otros frentes de la vida social. No otra cosa afirmaba el escritor Manuel Vázquez Montalbán hace unos meses (“La ley del silencio”, *El País*, 6 de abril de 1991):

Desde el asfixiante centrismo que está guiando la inculcación de verdades públicas y privadas en el aparente supermercado de nuestras sabidurías convencionales, se trabaja por el electroencefalograma plano de una sociedad sometida a la dictadura de una democracia estadística o de una democracia totalitaria, en afortunada expresión de Eugenio Trías.

Pero esta situación no afecta sólo a nuestro país. Parece darse también en otros países europeos. No otra cosa se deduce de la lectura de un artículo ofrecido hace justo un año por *Diario16*. Este periódico daba parcialmente un texto de Hans Magnus Enzensberger, escrito al calor de la situación alemana y publicado en Zurich, en 1986, en *Neue Zürcher Zeitung*. El artículo

comienza de manera sorprendente, al formular la pregunta “¿Desde cuando ya no existen [los críticos]?” y al denunciar públicamente la probable desaparición de una figura social surgida con la burguesía para cuya sociedad resultaba un asunto vital la discusión pública de normas culturales. Los críticos, seres ya míticos, han abandonado el escenario de la sociedad porque ya nadie tiene necesidad de ellos, siendo sustituidos, con la pasividad cómplice de los escritores, por pedagogos y agentes de circulación. De su lectura deducimos que sin consumo no hay producción crítica y dialécticamente sin producción crítica no hay consumo, lo que plantea la necesidad de crear un público *crítico* y no un mero comprador de libros por su grado de fama o cuota de imagen o de pantalla.

En fin, parece que soplan malos vientos para la crítica, según decía también, y con razón, Conte en el “Primer Encuentro Nacional de Crítica Literaria”, celebrado en 1987. Estos malos vientos provienen de la imposición de criterios mercantiles, de la existencia de un modelo democrático viciado, lo que termina abocando al silencio. Malos vientos, asimismo, cuando los medios se convierten en los fines, esto es, cuando las

páginas o suplementos literarios de los periódicos se pliegan a la ley del gran público que somete a su vez a dichos medios a un proceso de fetichización, lo que termina desvirtuando el acto crítico al someterlo al juego del poder del mercado y del mercado del poder.

Ni que decir tiene que, aunque podríamos seguir ofreciendo nuevos razonamientos, los expuestos hasta este momento nos sirven para percatarnos de la conciencia existente acerca de la crítica literaria periodística practicada en nuestro país como un discurso abocado al silencio, esto es, como un discurso que a pesar de hablar termina por no decir: un discurso devaluado o privado de su supuesta eficacia originaria, lo que, dada la relación de fuerzas sociales en este momento histórico de capitalismo “postindustrial”, parece alcanzar una clara justificación.

En cualquier caso, efectuado el global reconocimiento de la situación actual, se está haciendo necesario proceder a la reconstrucción racional del modo de operar de ese extendido conjunto de prácticas de intermediación escasamente crítica por cuanto su conocimiento concreto resulta muy necesario para contribuir a evitar la ley del silencio, la ley del mercado que

Alto y claro o contra el silencio crítico literario

no habla, y por tanto la situación actual tendente al apagón crítico. Todo ello en un momento histórico de fuerte concentración de poder que afecta a la producción de la información y de la cultura.

Si la crítica en tanto que práctica e institución social surgió para atender, producir y reproducir necesidades básicas que se querían dominantes en el tejido de la vida social, en el proceso de implantación del modo de producción capitalista y en el de creación de un mercado y público literarios, esto no quiere decir que, por encontrarse dicho proceso en un momento de autosuficiencia, poder y escaso riesgo, se tolere su encubierta desaparición, pues sin la fuerza de la razón crítica no es posible la crítica de la crítica y otros consecuentes saltos cualitativos. Sin esta fuerza, puesto que hablamos de un discurso de intervención social inmediata, no se podrá incidir en lo que debe ser un amplio frente de crítica de la cultura y de profundización democrática en todos los niveles sociales. Se está haciendo necesario responder al reto de evitar una sociedad monopolizada y generadora de un discurso único. Se está haciendo ahora más necesario que nunca hablar alto y claro.